

Exilios inconclusos: la poesía de Ingrid Tempel

Horacio Xaubet

North Carolina Central University

Ingrid Tempel es uruguaya y una de las tantas personas que se vieron obligadas a dejar el país por razones de seguridad—su propia integridad física—en aquellos años negros de gobierno de facto, a los cuales se refiere Jorge Rufinelli, en el contexto de una conferencia en la Universidad de Maryland, en Estados Unidos, que convocara a intelectuales uruguayos y extranjeros en torno al tema “Represión, Exilio, y Democracia: la cultura uruguaya,” en marzo de 1986.

“La dictadura militar que Uruguay sufrió entre el 27 de junio de 1973 y el 1º de marzo de 1985, al par que hundirlo en el marasmo económico, regirlo en la asfixia de las libertades públicas y herirlo con la represión en el cuerpo mismo de los pobladores, tuvo el demérito de agudizar un fenómeno ya para entonces crítico del país: la emigración. La lenta y debilitadora sangría vivida por el Uruguay especialmente desde 1965, adquirió ribetes dramáticos y dolorosos porque a las razones económicas les antepuso las brutalmente políticas: la persecución, el clima de terror, la suspensión de garantías constitucionales, con la instauración de un régimen de facto bajo el cual el desarrollo orgánico del país y el florecimiento de su cultura pasaban a ser, por un lado, etapas abolidas del pasado, y por otro aspiraciones lejanísimas de futuro.”

Aunque escribiera desde mucho antes, Tempel ha publicado su obra poética desde el exilio, si bien las comunicaciones modernas han permitido que la mayoría de sus textos hayan sido publicados por casas editoriales uruguayas—ya era reconocida en su país por su labor periodística, y, en particular, por su vinculación con el Suplemento Cultural del diario El País, publicación de innegable importancia en un medio exigente. Ha publicado *Marea baja* (1985), *Sonrisa al fondo del agua* (1990), *Rituels et Labyrinthes* (2003), *Exorcismos* (2005) y *Persiguiendo mariposas carnívoras* (2008). Cabe agregar, aunque me ocuparé exclusivamente de la obra en verso, que también ha publicado varios cuentos y es inminente la edición de su primera novela, *Mueca ante un espejo oscuro*.

No es necesariamente cierto que la circunstancia privada del autor determine su temática, aunque de algún modo—ya nos lo advertía Borges—toda escritura sea autobiográfica. En el caso de Tempel, no obstante, la relación entre los poemas y la

problemática del exilio—su exilio—es casi insoslayable. El término “exilio” aparece a lo largo de sus textos con frecuencia y una lectura atenta sugiere de inmediato su preocupación esencial por una situación que, sugiero, va mucho más allá de lo meramente anecdótico y personal. En su obra, encontramos reflexiones sobre el tema más que menciones o referencias a esa circunstancia privada a la cual me he referido. En uno de sus últimos libros, *Exorcismos*, en la división en secciones—que ha ensayado metódicamente en todos sus libros con excepción del más breve, *Sonrisa al fondo del agua* y *Rituales y laberintos*, que se trata de una antología bilingüe—se incluye una titulada “Exilios.” En su más reciente publicación, *Persiguiendo mariposas carnívoras*, la última sección, quizás la más intensa, se titula “Exilio interior.” El título de este trabajo es el título de uno de sus poemas, precisamente, pero resultaría tedioso y trivial rastrear minuciosamente las varias manifestaciones de la palabra, aún estudiando contextos muy precisos y a veces no tan esperados, como la referencia a “una figura perdiéndose en la niebla/una dama silenciosa en su exilio carnal...” Lo que sí interesa es ver cómo, de alguna manera, la concepción del exilio va evolucionando en la poesía de Tempel y pasa de ser un doloroso itinerario en *Marea Baja*, con poemas escritos evocando las diversas etapas—Montevideo, Buenos Aires, Caracas—a una reflexión histórica sobre la diáspora de sus antepasados judíos y luego a una condición intrínseca a su ser, a su humanidad. Es así que llegamos a la provocativa idea de exilios plurales, que tuve oportunidad de considerar en mi prólogo a *Exorcismos*:

... ”se da un paso clarísimo hacia una concepción más amplia de un tema, si bien trillado, muy lejos de haberse agotado. Y es que aquí el exilio se intuye como parte integral de la experiencia humana, como necesario “ingrediente” de aquello que damos en llamar vida. Porque Tempel plantea el ser “una extranjera en mi propio cuerpo”, extendiendo el concepto mucho y hasta muchísimo más allá de lo que Mempo Giardinelli ha llamado acertadamente “transterración.” Ya en textos anteriores había considerado el exilio en términos históricos, tales como el éxodo de sus antepasados judíos, y en *Exorcismos* insiste en el tema, tercamente, dulcemente, pero con variantes sugestivas.”

Cabe citar un fragmento de un poema del mismo texto:

*Te imagino cortejando a tu propia imagen
tal como la preservaste en los éxodos*

*ignorando que el verdadero verdugo de tu inocencia
es ese exilio interior
para el cual no hay fronteras.*

Si la palabra “éxodo” puede considerarse como sinónimo de exilio, aunque pueda tener la connotación de exilio *en masse*, y así hacer referencia inequívoca a un pueblo, o por lo menos a un grupo numeroso vinculado por un territorio, una religión o una cultura, interesa que se utilice en plural intuyendo—por lo menos—que el exilio no es monolítico, fácilmente definible y de ubicación inmediata. Sobre todo, cuando se concibe en la proximidad de un concepto aún más provocativo—el de “exilio interior.” La complejidad de la situación se hace aún más evidente en el último de los versos citados, que de una forma contundente sugiere que la circunstancia social, con todas sus terribles consecuencias, puede ser una mera sombra de aquello que afecta al individuo de una manera verdaderamente trascendente e irremediable. No es trivial el hecho de que el desplazamiento y la pérdida de tantas cosas, sea quizás lo menos importante, cuando se trata de una verdadera condición humana, que afecta, desde un instante súbitamente real, la vida entera. Así también lo concibe Edward Said, quizás uno de los más perceptivos críticos que han escrito sobre el tema—y también un intelectual en el exilio.

“Exile is strangely compelling to think about but terrible to experience. It is the unhealable rift forced between a human being and a native place, between the self and its true home: its essential sadness can never be surmounted. And while it is true that literature and history contain heroic, romantic, glorious, even triumphant episodes in an exile’s life, these are no more than efforts meant to overcome the crippling sorrow of estrangement. The achievements of exile are permanently undermined by the loss of something left behind forever.”

Tempel insiste en la pluralidad de exilios y sería, a mi ver, ingenuo considerar que se refiere exclusivamente a sus experiencias de tránsito obligado de una ciudad a otra, o incluso a diferentes aspectos, sutiles diferencias, casi cuestiones técnicas, que han sido estudiadas bajo diferentes nombres—emigración, expatriación, refugio—aún cuando la palabra surja en un contexto inmediatamente relacionado con sus emociones en

torbellino: “Si me hubiesen advertido que las deudas de amor se pagan con odio/y que de los exilios no me quedarian más que fotos amarillentas/me hubiera arrancado a dentelladas este corazón/ para gitanejar ilesa entre guerras, traiciones, y el esfuerzo de sonreír a la cámara dos veces al año.” (Quizás el neologismo “gitanejar”, alusión a un ejemplo clásico del desplazamiento involuntario que implica el exilio, contribuya a la idea que vengo sugiriendo.) Hay allí una voluntad de profunda reflexión que afecta al ser y no solo al individuo.

Aunque Tempel reúne bajo el subtítulo de “Exilios” varios poemas de su penúltimo texto, *Exorcismos*, creo que es en *Persiguiendo mariposas carnívoras*, donde sus reflexiones llegan a desarrollarse con total claridad. La reiteración casi obsesiva de un tema, no confiere calidad a un corpus literario—tampoco se la quita—pero parece evidente que la creación artística se “beneficia”, por así decirlo, de las heridas del creador. Y es en este texto, en particular, donde ese “lenguaje ceñido, descarnado, casi transparente” que (a)nota Omar Prego en la Presentación a *Sonrisa al fondo del agua*, aunado con un despliegue emocional sin ambages ni subterfugios, llega a la expresión más dolorosa del periplo que ha sido, o más bien, ha resultado su vida fuera de aquella ciudad natal que de una manera mágica se ha universalizado y evoca con fruición en el poema “Casas abandonadas,” donde el hábil encabalgamiento y una puntuación parca, casi obligan a una lectura pausada, reflexiva, incluso introspectiva:

*Me pregunto quién habita ahora las casas que abandoné
luego de llenarlas de besos, aromas y canciones
erigiendo un tótem invisible en la puerta de cada refugio.
He instalado mis posesiones en un nuevo territorio
violando quizás recuerdos ajenos
mientras los amantes de mis predecesores
son esas sombras que perturban mi descanso
cuando los rumores de la ciudad se detienen
y otro fracaso me derriba temblorosa
con los ojos irremediablemente abiertos
a la tentación de otras fugas.*

Están aquí todos los elementos que constituyen lo que en otra ocasión llamé “los síntomas del exilio”, quizás inconscientemente aludiendo a una situación básicamente

enfermiza y de total desequilibrio. Me refiero a conceptos clave como abandono, refugio, nuevo territorio y fugas, en constante potencia, porque el exiliado nunca puede estar cómodo y tampoco puede regresar. Sobran razones, claro, pero probablemente la fundamental es que la casa abandonada ya no existe—aún si sus muros resisten el embiste del tiempo. Vuelvo al estudio de Said que considero seminal:

“The exile’s new world, logically enough, is unnatural and its unreality resembles fiction. Georg Lukács, in Theory of the Novel, argued with compelling force, that the novel, a literary form created out of the unreality of ambition and fantasy, is the form of “transcendental homelessness.”

Me interesa particularmente esa noción de “transcendental homelessness” y no me importa en absoluto que Lukács se refiera a la novela—su idea puede adaptarse a cualquier tipo de escritura. Esto tiene importancia porque creo que si bien la denotación del inglés puede hacer referencia al mero hecho de no tener casa, no tener, literalmente, un lugar para vivir, las posibilidades metafóricas son múltiples y quizás en gran mayoría vinculadas al exilio que, después de todo, puede analizarse como una metáfora de la vida misma. Tempel acuña un término provocativo, “errancias” y no puedo menos que meterme en su juego distorsionando apenas aquel “errare humanum est”, repetido por nuestros maestros. Si errar es humano, ¿por qué no es posible pensar que también errar—“andar vagando de una parte a otra”, según el diccionario—pueda considerarse esencialmente humano y así trascendental? Y esto nos permite interpretar en forma enteramente simbólica un verso casi perdido en un texto sugestivo donde una mujer, pasada la media noche, “vaga junto al Sena/murmurando canciones inconclusas.” En este poema hay también ausencias, que nos remiten a la temática que hemos estado rastreando. Es decir, no hay que considerar exclusivamente aquellos poemas en cierta forma dedicados al exilio para constatar la importancia, tanto a niveles conscientes como probablemente inconscientes, que nos permite hablar de una propuesta temática que se repite y evoluciona a lo largo de la obra poética de Tempel y, de esa manera, la caracteriza.

No creo sea cuestión de preferencia estética que el texto “Persiguiendo mariposas carnívoras” de nombre a la totalidad del poemario. Es un magnífico poema, hábilmente estructurado, sugerente y hasta emblemático en tanto a esa fuerza en el lenguaje que caracteriza el estilo de la poeta.

*Sonreímos aunque atravesemos la vida con heridas incurables
y las mariposas carnívoras que guían nuestra errancia
dibujen un recorrido caprichoso en la tibiaza vespertina.*

*A veces basta una frase
para recordarnos un sufrimiento antiguo
mil veces negado y suprimido
asfixiado en las insomnes madrugadas solitarias
como si por un curioso desdoblamiento
fuésemos la mujer que se mira a sí misma
desde ambos lados del espejo
gritando
con las manos crispadas en la superficie mágica del dolor.
A partir de ese descubrimiento somos ella y la otra
la que se niega a vivir su duelo
y la que lo vomita muy a su pesar
en el enfrentamiento permanente en que Eros y Tanatos
se disputan nuestra supervivencia.*

Creo importante observar que la voz poética, aquí, es plural. El desdoblamiento que implica ese descubrirse como “ella y la otra” nos remonta a la idea de Rimbaud cuando decía “Je est un autre”, observándose a sí mismo en tercera persona y así fundamentando uno de los principios básicos del psicoanálisis. La vida, peregrinaje quizás en busca de sentido, es un ”recorrido caprichoso en la tibiaza vespertina” es decir pobemente diseñado por un destino frágil, inconstante, fascinante de muchas maneras, pero a la vez capaz de una crueldad infinita. La imagen de las mariposas carnívoras es fecunda y no tan críptica como puede parecer en una primera lectura. Ese deambular es el destino del sujeto en exilio que va descubriendo y descubriéndose. Es quizás la introspección—precisamente ese exilio interior, privado y doloroso—lo que nos va salvando aunque el final sea siempre el mismo. Y cabe preguntarse, entonces, si el triunfo inevitable de la muerte no proclama su condición como el más acuciante de los exilios: todos los exilios el exilio.

Aquí han quedado muchas cosas en el tintero. La poesía de Tempel fluye como un

río caudaloso y está lejos de agotarse en la particularidad de un tema por profundo que fuere. Responde, simplemente, al pensamiento de notables críticos que han estudiado la cuestión del exilio con mucho detalle y hasta con mucho amor. Quiero terminar con una contribución fundamental de Angel Rama, también exiliado ilustre, que escribe lo siguiente:

Sin contar que desde el clásico ejemplo de Dante, los exilios, aun los duros e ingratos, devienen una condición permanente de la vida, son ellos los que proporcionan la textura de la existencia durante un largo período de la vida adulta, con su peculiar desgarramiento entre la nostalgia de la patria y la integración, por precaria que parezca, a otras patrias, todo ello actuando sobre un estado de transitoriedad y de inseguridad que resulta constitutivo psicológicamente de esta circunstancia vital.

La poesía de Ingrid Tempel—quizás también su vida—confirma en más de un sentido este pensamiento y así se constituye en un gesto esencialmente vital y complejo, donde juegan el dolor y el placer, la transitoriedad y la eternidad del instante, de una manera intensa y pura.